

Francisco Suárez



Cuentos Proselarios





Cuentos proselarios

©Francisco Ramón Suárez +

Colección: Salvador Garmendia

© Fundación Editorial El perro y la rana

Centro Simón Bolívar, Torre Norte piso 21. El Silencio

Caracas - Venezuela 1010

Teléfonos: 02127688300 - 7688399

Comunicaciones@FEPR.GOB.VE

www.el perro y la rana.gob.ve

Sistema de Editoriales Regionales Lara / Consejo Legislativo / Dirección de
Información y Documentación.

Lugar: Casa Rosada / Carrera 17 esquina calle23. Plaza Jacinto Lara

Barquisimeto - Estado Lara

Red Nacional de Escritores y Escritoras Socialistas de Venezuela, capítulo Lara

Diseño y Diagramación

Antonio Duno

Consejo editorial

Yajaira Álvarez

Norys Saavedra

Omar Villegas

+Venancio Hugo Rodríguez

ISBN: 978-980-14-5036-8

Deposito legal: DC20022000631

Edición digital

Cuentos proselarios

Francisco Suárez

El Sistema de Editoriales Regionales (SER) es el brazo ejecutor del Ministerio del Poder Popular para la Cultura para la producción editorial en las regiones, y está adscrito a la Fundación Editorial El Perro y la Rana. Este sistema se ramifica por todos los estados del país, donde funciona una editorial-escuela regional que garantiza la publicación de autoras y autores que no gozan de publicaciones por las grandes empresas editoriales ni de procesos formativos en el área de literatura, promoción de la lectura, gestión editorial y aspectos comunicacionales y técnicos relacionados con la difusión de contenidos. El SER les brinda estos y otros beneficios gracias a su personal capacitado para la edición, impresión y promoción del libro y la lectura y el estímulo a la escritura. Y le acompaña un cuerpo voluntario denominado Consejo Editorial Popular, cogestionado junto con el especialista del libro del Gabinete Cultural Estatal y promotores de literatura de la región.



Pendiente Zoomorfo

Concha de caracol

Largo: 18,4 cms

Ancho: 05,9 cms

Fase Boulevard de Quibor

Siglos II-VII. DC

Estado Lara / Municipio Jíménez

Cuentos Proselarios

Presentación

Francisco Suárez, partió el 21 de marzo del 2022, se nos fue el día mundial de la poesía, dejandonos sin saber él, a ciencia cierta, si estos sus *Cuentos Proselarios* saldrían a la luz, ya que sólo nos faltaba hacer las correcciones finales de rigor junto a el..

Con el fallecimiento de Francisco Suárez, hemos perdido una novedosa voz en la narrativa larense, como lo van a detectar los lectores y las lectoras que tengan acceso a este sencillo libro digital realizado en homenaje a su pasión escritural.

Sabemos que no es fácil para sus familiares y amigos enfrentar su ausencia, aún así pensamos en que quedarán intactos sus sueños, en otros cuentos; unidos a una novela que llevaba años escribiendo. Sus familiares están en conocimiento de ello y esperamos que tengan a buen resguardo su esfuerzo.

Para Francisco Suárez y los suyos, desde aquí les enviamos todo el cariño represado en el crepusculo de esta, su ciudad de origen, donde siempre le tendremos presente como un activista de la cultura sembrado en la Plaza de los Libreros de Barquisimeto.

Aquí nadie es maniático

En la soledad de la sala solo cabía una persona: el abuelo Gabriel. El solía sentarse en una butaca de casi su edad. Mueble que heredó de su padre, que podía extenderse y desde su base salir dos especies de sostenes tapizados para sus pies.

Desde niño tuve el suficiente valor para expiarlo. Me escondía entre las cortinas y me cercioraba que estuviese solo él.

Sabía que bebía encapillado y de eso solo lo notaba quien esto escribe. Era muy sencillo, todos se iban a sus cuartos y quedaba mi abuelo viendo las cuatro paredes. Su botella la escondía en el bolsillo de la bella bata de seda, que aun, usándola a diario, mantenía un color brillante en sus negros y grises. Después vino su sordera adrede, solo para no saber de nadie. Le hablaban y les decía que no los oía. Y sentado en su mueble tapizado con tela de paño acanalado, veía pasar la tarde unida a la noche hasta que acababa la botella de ron, anís, ginebra o vino. Las bebía con la misma lentitud, trago a trago y sin prisa, que no existía premura ni perro que le ladrara.

Mi padre lo sorprendió un día, pero hablando por teléfono. Y sin embargo se excusó que no le oía, que por favor estuvieran pendientes y levanto la bocina porque la lucecita roja se encendió. Siguió bebiendo a escondidas, siguió siendo sordo y ahora estaba a punto de ser un invidente.

El abuelo salía a caminar todas las mañanas con sol o nublado. Marchaba a paso seguro, con unos lentes muy oscuros, sus franelas de color vivo y zapatos de goma. No era muy sociable, pero cuando veía una señora mayor bonita, enloquecía. Las hallaba caminando y las piropeaba tanto que no le creían nada que dijera: "quién las entiende".

Yo lo seguía. Tenía una levísima sospecha de que el abuelo se veía con alguien. No sé cuantas veces anduve detrás de él. Antes de ir a la escuela, caminaba oliendo los pedos al abuelo, hasta que un día lo vi entrar a una casa. Era una casa grande, de porche con arcos blancos y dos gigantes materos aéreos de cachos de venado.

En casa no estaban pendientes del abuelo y eran

felices con saber que se iba a la calle. Desayunaba primero que todos. Salía y se despedía con bendiciones. Cuando quedó sordo, aprendió lenguajes de señas para sordomudos y en casa lograron aprender con él dicho lenguaje.

Mi padre, que es hijo del abuelo, se contenta en verlo y proveer lo necesario para que tenga calidad de vida. El abuelo nunca se enferma y solo está viejo. Mi padre lo ama y lo venera. Los otros hijos del abuelo lo detestan porque es un solitario y que nunca los quiso. Todos tienen casa porque el abuelo se las dio, todos tienen carros porque el abuelo se los dio. Pero ellos hablan que no los amó. Ellos le echan la culpa de todo lo que les pasa al abuelo. Mientras el abuelo, que es viudo, vive de lo más tranquilo y no le pide a nadie nada.

Hoy he sabido la profesión del abuelo. Ingeniero civil e inspector de obras. Mi papá cree que en las obras civiles lo odiaban. Al abuelo todo le resbala. Lo que digan lo tiene sin cuidado y nunca está alerta sino de su botella que no sea envidia de nadie.

El abuelo se compró ayer un bastón para ciegos. Cree que está perdiendo la vista. Mi padre le ha dicho que lo va a llevar al oculista y esto lo ha calentado enormemente. El sabe que está perdiendo la vista, no que va a perder plata con los matasanos.

Ha practicado mucho. Camina con los ojos cerrados largos trechos, cuenta los pasos que da en cada cuadra y está a punto de iniciar su ceguera a propósito. Está a punto. Su rutina en la casa es igual. Tomarse una botella de aguardiente y lo que caiga. Recuerda a su mujer. La felicidad de tener un hogar y lo que realmente lo hacía extrañamente feliz: su trabajo de inspección de construcción civil.

Un día tropecé con el borde de la cenefa de la cortina y miró como caía. No se levantó de la poltrona, se arrellanó más en ella y tomándose un trago me dijo: “no sé cuánto tiempo tendrás espíandome, quizá meses, ya sabes que bebo, que no estoy sordo y que quiero hacerme el ciego; se ahora mi amigo confidente y yo el tuyo”.

Soy un adulto. Certezas tengo de que mi abuelo yace

en paz. Creía en la corrección y la practicaba. Sus hijos ahora le llevan flores a su tumba. Hablan sobre su impronta. De sus capacidades y de su leyenda como gran inspector de obras civiles. Les cuento que los ingenieros y constructores temblaban cuando llegaba a inspeccionar. Sus botas puestas, pantalones de caqui y camisa igual. Un casco blanco, su cinta métrica, las metras bolondronas en sus bolsillos. Si inspeccionaba cerámica en pisos, paredes o sanitarios, a cada cerámica pegada le daba con un palo de escoba, si sonaba hueco la marcaba con un marcador. Los centro puntos eran probados deslizando por la pendiente metras. No dejaba que una columna quedaría con cabillas descubiertas por desperfectos en el vaciado. Era un perfeccionista y de esos ya no existen.

No sé por qué mis tios no lo toleraban. Imponía sus criterios con argumentos sólidos y aquellos quedaban inermes y exangües. Interesados y obtusos. Mi padre simplemente le llevaba la corriente, y el abuelo lo notaba. Conmigo era otra cosa. Yo lo imitaba, en mi escuela, en la casa. El abuelo cazurro.

Un día llegué de la escuela cansado. Estaba pasando el mediodía y extrañamente no estaba bebiendo. Lucía pantalones de lino blanco, chemise y gorra de su club inglés preferido: el New Castle. Iba despacio, muy despacio con su bastón de ciego y lentes oscuros.

Logré alcanzarlo y seguirlo a media distancia. Caminaba hacia donde ya lo había visto. Mi abuelo fue a encontrarse con una mujer muy atractiva. Lo esperaba ella, sentada en un jardín pequeño y con una jarra de café, supongo yo.

Lo espiaba y me mortificaba toda la solemnidad de la mujer. Mi abuelo sonreía como nunca. Tomados de las manos, ella coqueteaba y él estaba desprovisto de vergüenza, se hablaban cosas en el oído y nada podía yo imaginar de lo que hoy con mi madurez pudiera. La mujer era unos veinte años más joven, radiante y hermosa.

Debí regresar a casa cuando entraron a la casa de la mujer.

En la noche cuando me llamaron a cenar, miré hacia

el rincón donde mi abuelo se sentaba a beber escondido. La poltrona estaba vacía y sentí algo no común en mí, un mareo, un temblor de mis manos como si me avisaran algo. No cené. Al rato tocaron en la puerta nuestra. Un llamado de silencio. Las manos de mi padre en su cabeza, abraza a mi madre y se ahoga con un llanto que aun retumba en mis oídos. Corrí a preguntarle a mi padre el por qué lloraba. No me dijo nada, solo me abrazó y me dijo que no pasaba nada.

He sido siempre intenso, casi que yo mismo no me soporto. Es verdad que era un niño de doce años, a los niños se le ocultan como secretos cuestiones que están a la vista. Era mi abuelo, muerto en batalla. Lo infartó una dosis de sildenafil. Mi abuelo me decía que aquella pastilla azul la habían bautizado así gracias a los viejos agradecidos: Viagra.

Velamos a nuestro gran papá en su casa como había sido su deseo. En la sala estaba la dama bella muy cerca del sarcófago de madera de ébano y solo con flores de Jasmín. Yo, la miraba y le daba gracias

por darle felicidad postrera a mi abuelo querido. Sé que los abuelos son mágicos. Y nosotros, los nietos del mundo, estamos solos cuando no podemos compartir nuestros secretos arcanos con alguien tan valioso como ellos.

Una solitaria mujer indefensa.

Nos cruzábamos, raras las veces.

Debí mirarla indebidamente porque hizo una mueca de disgusto. Un chasqueo de su lengua, muy propio de campesinas sin educación. Subía por la avenida principal de Sebucán y caminaba hasta el mercado. Sus compras las hacía muy temprano, de forma que cuando yo pasaba frente a su casa, podía oír la música clásica que se dejaba colar a bajo volumen.

Su casa es humilde. Lo bello que tiene es un jardín pleno de flores disímiles, plantadas en jarrones pintados a mano, dándole un tono más colorido de jardín poli cromático.

Es una casa bucólica, con un porche con techo de varas de caña brava, barro y tejas. Tres columnas de gruesos palos de caobo. Desde la calle logro ver que es una casa pequeña. Es como una ilusión óptica, tus ojos, a pesar de manejar volumen, no son capaces de medir un todo. Sí, la casita está muy metida y se ve solo el contorno.

Una mañana paso y oigo Las cuatro estaciones de Vivaldi, exactamente La Primavera. Como me gusta la música de Vivaldi, la tarareo sin darme cuenta de

que estaba agachada la señora. “¿Le gusta Vivaldi?” me preguntó y asomo sus blancos dientes en una sonrisa casi irónica. Respondí que sí, y nos presentamos, no sin tragar grueso, por mi parte.

Es una mujer morena. Quizá la única morena que vive por estos lados. De apellido Bolívar y así se presentó. “Señora Bolívar”.

A veces cuando paso, la veo en su jardín, oyendo siempre música clásica, Mozart, Beethoven, Vivaldi y Debussy. Corta sus flores; riega sus matas y fumi-ga. No existe algo más que su jardín florido.

Es un sábado en la tarde, cuando ya el ambiente se oscurece voy cruzando. Me aguardaba la señora Bolívar. Vestida de gala como enfiestada. Me llama. Acudo y estoy mudo. Me invita a pasar a su casa.

La casa es tal como mi imaginación me decía. Su exterior de blanco y adentro en colores pasteles muy sobrios. Hay algunas paredes con ribetes hechos, seguro estoy, por las manos de la señora Bolívar. Los muebles en el porche son de hierro dulce fundido, y se nota cierta antigüedad. En el vestíbulo muebles Luis XV, con veladores y espejos del mismo modelo. En el comedor, un juego de madera caoba,

mesa y sillas talladas con muy buen gusto por algún ebanista ya fallecido. “Mi casa es una herencia de mi difunto padre”. Me dijo sin que le preguntara y tal vez lo dijo por mi manera de mirar el entorno...

Me siento en la sala, en unos muebles que tenían tiempo sin sentir el peso de un visitante. Hoy, la música que se oye esailable. A ratos pone baladas y luego, de nuevo músicaailable. Me invita a beber y trae un vino de Oporto, tinto y de excelente sabor. Nos estamos conociendo.

Cenamos en un comedor con candelabros y flores frescas. Pollo con trufas, delicioso y cocido por ella. Un postre de cascos de guayaba con crema filadelfia. Luego continuamos con el mismo vino de Oporto para no hacer ligas de alcohol, según ella.

Vi que era una casa demasiado grande para ella. Desde afuera se ve humilde la casita, más tiene un lujo extraordinario. Ella, una mujer bien formada y educada. Madre de un hijo que la abandonó y un esposo que después de muerto, supo que vivía con tres amantes. Que pelearon por la casa y otros bienes, pero ella se impuso.

Estela Bolívar vive allí, es una casa grande llena de

flores y de amplia soledad. Quedamos en vernos y visitarnos en ambos sentidos. Tenemos la misma edad y los intereses parecen iguales. Ambos sin pareja y solitarios en la vida.

Cierta tarde visito a Estela Bolívar y la hallo en un estado deplorable. Ha bebido mucho, toco su cuello y está muy caliente. No es un catarro. Entro a la casa y en el comedor hay indicios de que hubo una fiesta. Brotan lagrimas y miro su cara sucia, corrido el rímel, sus labios inflamados y golpeada. En la mesa del comedor hay una torta con veinticuatro velitas. Las ocho sillas del comedor están abiertas con señales de haber sido usadas, y en la mesa en cada parte se pueden ver copas servidas con licor, unas llenas y otras a medias. La torta no está cortada.

Ante la silla principal, diferente porque tiene una cabeza tallada con la faz del difunto esposo de Estela, hay una botella de champán y una copa medio llena. Hubo una fiesta de cumpleaños.

He acostado a Estela. Está ebria y con fiebre alta. Cocinaré una bebida aromática para la fiebre. Cuando voy a llevársela, la consigo delirando: “Feliz cumpleaños Eliodoro, que cumplas muchos años más”. La oigo, supongo que estuvo su hijo en la velada.

Veinticuatro años y su visita relancina, le cantaron el cumpleaños y se largó.

El delirio continúa y ahora no me habla a mí. Lo hace a una amiga que no está presente. “Beatriz, le celebré el cumpleaños a Eliodoro. Está precioso mi niño. No es negro como yo. Salió a su padre bello. Beatriz, por qué no estuviste. Yo sé porque no.” Calló un rato, lloró y continuó su relato: “Beatriz, tu eres mi verdadera amiga”. Es triste que tu hijo no venga a su cumpleaños. Pero si estuvo sin estarlo. Lo senté en la silla donde se sentaba su padre. Le serví una botella de champaña, de la buena que aún queda. Los invitados en la mesa le cantaron cumpleaños. Seré franca contigo. Mis invitados no estaban tampoco; iba de silla en silla bebiendo en sus copas. Y brindaba diciendo una palabrería, alabando a mi hijo. Y bebía en cada copa. Estaban los amigos que se marcharon para siempre. Cantamos el cumpleaños con la canción de Emilio Arvelo, no de Alpargata Cantorum que es muy fea. Beatriz, estoy sola e indefensa. Hoy quiero morirme”.

La contemplo y la cuido. Ha dormido mucho y la fiebre amainó. En la mañana se despierta. Me pregunta qué hago allí. Le tomo sus manos y le cuento cómo

la encontré. Me pregunta por su hijo y los invitados. No sé qué decir. Tampoco sí en su delirio diría la verdad o era eso, un delirio, una pérdida de la razón momentánea. En las mañanas la saludo y a veces tomamos café. Le llevo pasticas y hablamos de todo. Mientras tanto la soledad y la vejez nos carcome lentamente en un delirio eterno. Ahora no sé si es el cumpleaños de su hijo, o si fui yo quien hizo otra fiesta sin invitados en una noche fantasmal.

Una vida angosta para Fabiana

Una carrera para todo; cuando sometes tu ser a una crueldad constante; cuando no hallas soluciones inmediatas a la constelación de mortificaciones, simplemente has entrado en la carrera de un caminito a lo irresoluto.

Seis de la mañana y la matraca del celular repica para avisarte que ha amanecido. Despierta y aunque ha roncado toda la noche, ella no ha dormido nada. Debe levantarse y hacer el desayuno a sus tres nietos, los cuales debe cuidar hasta que pase la pandemia del Covid-19.

Va al sanitario y se cepilla los dientes. Desea verse sus ojeras que va a mirar negras, no ha dormido nada, se agarra al lavamanos y se acerca al espejo, su faz no tiene arrugas y, sin embargo, ella las palpa insistentemente. Piensa que envejece muy rápido, las canas que se viste con reflejos castaños, su busto grande que se cae y sigue siendo su mayor atractivo físico.

Sale del sanitario y camina ligero. Nadie esta levantado aparte de ella. No deben estarlo, están de vacaciones escolares y existe cuarentena por la pandemia. La casa está a oscuras y el día está lluvioso.

Arregla la cocina acomodando platos y ollas que no están en su sitio. Ella vive con su hijo, soltero y muy trabajador. Su hija salió de viaje y la sorprendió el cierre de fronteras y aeropuertos. Un viaje de un mes se ha convertido en seis meses. Debe cuidar tres nietos de diez, ocho y dos años. Varones los tres.

Levanta a los niños y les da desayuno. Sale a hacer las compras del día, vestida deportivamente. Mira la calle con cierto desdén, con deseos de no salir nunca. Pero hay que comer y nadie va a llevar los alimentos.

El mercado es un gran sitio vacío. El griterío de otrora se marchó con la crisis republicana. Puedes comprar entre los pocos comerciantes estoicos que quedan. Llega Fabiana con su aire austero, espera que alguien le pregunte: “¿Qué desea, mi amor? Solo oye “diga señora”, que la convierte en una más, en una vulgar cliente que busca algo para hartarse.

Hace sus compras y en el camino de diez cuadras a su casa, se pregunta cómo ha cambiado su vida. De el ayer nada. La alegría de ser estudiante, soltera, bonita y muy introvertida, cuestión que mantiene. Recuerda de adolescente con su grupo, riendo, disfrutando de la música moderna, bailando. Pero, tam-

bién recordaba que quien cuidaba de ella era su padre, hoy finado. Mientras trabajaba el padre, iba de casa en casa, rodando entre vecinos y entre gente de baja calaña. Cuidándose de peligros que roen el ambiente; con la eterna angustia de tener una madre distante y casi ajena. Pobre, con un padre de noble corazón y entrega, dándole el amor y los consejos necesarios.

Fabiana se casó con el padre de sus dos hijos. Una infelicidad desde su primera noche que lindó en el trauma del himeneo. No apostaba ni aportaba nada para hacerla sentir cómoda aquel hombre básico.

Sí, una vida angosta para Fabiana. Número dos, o sin capítulos por lo estrecho del cuento: Fabiana, acostada con su esposo la primera vez, recordó que su madre no besaba a su padre porque con eso no se comía. Por supuesto que esa noche la premiaron con un trato horrible y un embarazo relancino. Su vida nueva empezaba con la ansiedad de estar sola.

Vino a los años el otro embarazo y fue cuando decidió estudiar para trabajar e independizarse. Llegó su primer triunfo, tuvo como comprar un terreno y fabricar una casa cómoda. Se graduó de profesora y esto le iba llenando su espíritu. Ahora estaba realizada.

Los arúspices no llegarían a augurar tantos éxitos. Y fue cuando iniciaba su conocimiento de que avanzaba en ella algo abstracto; estaba vulnerada por los problemas propios y ajenos. Sudaba y le costaba salir de su casa, sus manos temblaban y sus amigas le aconsejaban que obtuviera nuevas experiencias, que este pánico pasaría solo con recreación, estudiar, leer, confrontar responsabilidades.

Decidió comenzar un magister. Y se graduó, no sin el dilema de seguir o no; la búsqueda del trabajo de grado la hacía empequeñecerse y hasta decirse que no estaba capacitada para eso.

Ahora tiene nietos que cuida por un acontecimiento que no tiene control: pandemia covid-19. ¿Podía acaso desvincularse? Su hija viajó y no ha podido retornar por el cierre de fronteras y aeropuertos.

Fabiana puede tener ahora comida. Tiene dos hijos maravillosos, tres nietos sanos y bellos, pero; ella no es feliz. Porque la felicidad no puede ser miedo, pánico, ganas de llorar; mirar en su derredor y observar que todos ríen, comen, disfrutan y Fabiana sintiendo que la vida no vale la pena vivirla.

Fabiana tiene razón de preocuparse. Su hijo no hace

lo que ella desea. Su hija no vuelve y sus nietos la desesperan, aunque ellos la buscan y la quieren. Su novio, un hombre de mayor edad que ella, la busca, conversa y desea besarla: “eso no es comida”, dice ella mientras reclama.

Fabiana desea una vida para ella. Es ideal, una granja donde siembra su comida. Piensa que no hay que cortar malezas; proyecta escribir un libro de poesía y de crítica literaria. Todo esto es su vida, angosta vida para Fabiana, que nunca ha sido feliz, aunque tenga su vida angosta.

Una larga cadena espectral

Cuando debía pasar frente aquella casa, no sé por qué, sudaba, me crispaba apenas veía sus ventanas las, cornisas, gárgolas que tan solo eran el desagüe de los techos.

No podía ser normal, si apenas eran las once de la noche y podían oírse ruidos de cadenas, gritos de suplicios y un aire misterioso, por no decir tétrico.

En aquel tiempo, estudiaba en casa de mis amigos. Nadie me dijo nada, que allí espantaran o hubiera algo horrible. Tenía que esforzarme para caminar por aquella calle solitaria. Como existían cuentos, de túneles donde quedaron cientos de cadáveres entre los escondrijos de una dictadura atroz, que, habiendo azotado a la población, dejó tras de sí cantidad de historias horripilantes.

Ya después de haberme asustado a cuenta propia, vino la viuda de Ojeda y en una cena informal se despepitó con leyendas urbanas. Que el estadio se comunica con la casa antigua, de gente que torturaron en las paredes y grutas de la casa del Gocho. Un día tuve un sueño muy real, entré a la casa trepando

las tapias traseras. Aquella casa era inmensa, detrás habías una capilla, la cual estaba llena de cirios encendidos.

Vi gente rezando y haciendo velaciones esotéricas. En el sueño pude ver las caras. Blancos y negros tocando tambores y flautas. Súbitamente un hombre pide que le busquen el esqueleto del indio. Tres de ellos salieron en su búsqueda... y en un largo pasillo se perdieron.

En la capilla había uno que echaba candela por la boca y de sus manos salía humo con olor a conchas de ajo. Después, aquel bota candelas bebía aguardiente y brindaba a los demás, cuando de pronto llegó un perro, era grande como un rottweiler y algo sumiso.

Regresaron con el esqueleto, llevaba cadenas en las muñecas y era un ordenado huesero, como si cada hueso estuviera artrosado.

Se lo echaron encima, a una señora a la que le hacían como una velación, y cubrieron su cuerpo

semidesnudo. De repente, ella abrazó el esqueleto y lo movía agitadamente porque era un guerrero de fecundidad.

De seguido hicieron volados de pólvora, el hechicero con sus conjuros era muy fuerte, esperó un rato mientras oía que cantara un gallo. Curioso pero aquel gallo cantó tres veces. Era la señal de que la señora quedaría preñada.

Pero esto no fue un sueño, en verdad había entrado trepando las tapias. Esa misma noche logré caminar por la casa después de que todos dieron por terminado el aquelarre.

Era una casa de dos pisos, y hasta tenía un sótano gigantesco. Nadie me vio entrar ni salir, aquella era una casa para brujerías y allí se oían gritos, cadenas que sonaban al arrastrarlas, cuando caminaban los presos muertos, eran almas en pena.

Allí, hoy en día existe un pequeño centro comercial. No necesita vigilancia. Sigue siendo un lugar tétrico y espectral.

Dos mitómanos se encuentran

Dos matrimonios son cuatro personas divididas pasado el tiempo de prueba. Y de ellos, existen dos que son mitómanos. Tienen ambos una propensión a la mentira audaz, temeraria y tan aprendida que son parte de cada historia. Ambos no tienen historia propia, se adueñan de anécdotas ajenas y logran acaparar atención con ellas porque en realidad no tienen de que hablar. Es cuando sucede lo que contaré.

Un hombre casado y una mujer casada se encuentran. Sus matrimonios hasta ese momento felices. Hijos, casas, familias. Ella, Irene Islas de ...El, Luis Enrique D'angelo. Cuando Luis Enrique salió de su casa se santiguó después de cerrar con llave la puerta de salida. Miró hacia donde estaba el carro y decidió irse caminando. Había llovido y la acera era un manto de mangos maduros caídos. Había desayunado con su esposa y los dos hijos. La esposa le recordó que no llegara tarde, deberían visitar a sus padres. Afuera Luis Enrique pensó lo engorroso de aquellas visitas a su suegro, un hombre que se le hinchaba el pecho cuando hablaba de los treinta

años de matrimonio sin una mácula.

En la vuelta halló a Fernando e Irene. Ya ni se visitaban a pesar de ser tan amigos desde niños. Cursaron escuela primaria y secundaria y se separaron para ir a universidades distintas. Ahora, Irene llevaba sus treinta y cinco años lejanamente representados. En cambio, Fernando era una parchita vieja apenas con cuarenta años.

Se encontraron y decidieron visitarse más a menudo. Ambos matrimonios estaban hechos para convivir en paz, solo que el diablo acecha y pone las piedras del dominó sin lógica, pero con eficacia luciferina.

Irene aquel día no vio a Luis Enrique como el amigo de siempre. Y cosas extrañas, tampoco Luis Enrique la vio como la esposa de su gran amigo. Empezó el juego siniestro de la seducción, a ver, quién gana primero. Y se encontraban en supuestas casualidades al principio. Cada uno de ellos planeaba ataques, sutiles tácticas y una estrategia con un plan propio de empresarios, de políticos o de delincuentes sociales peligrosos.

Recuerden que los delincuentes son inteligentes y que los policías los atrapan porque son iguales de inteligentes.

Irene inventaba tretas, al igual que Luis Enrique con sus trapisondas que creía su esposa. Al comienzo la búsqueda y el enamoramiento consistía en eso, en copular en cualquier parte, en verse y dejarse ver, escondiéndose a la vista de todo mundo y en las partes más visibles. –“¡Oh! Por favor, somos las dos parejas más felices de la tierra. Decían ambos cuando les llegaba el agua al cuello y disipaban todo aspecto gris entre su relación de amigos intachables.

Fernando tenía un presentimiento. Soñaba que iba caminando por una calle en la noche después de haber bebido licor en una cervecería con amigos. Caminaba por la avenida y de pronto, perdía su ropa, quedaba desnudo y tenía que correr, esconderse, perderse entre aquellas casas con grandes bardas.

Otro día soñó que se ahogaba en una alberca que tenía cinco centímetros de agua, que no podía salir de ella. Otras veces soñaba que su casa se derrum-

baba y que sacaba a sus hijos y su esposa moría aplastada por el techo.

Irene siempre tenía una excusa. Excusas que Fernando no salía a descubrirlas por ser hombre a cabalidad. Se preguntaba que hasta cuando podía soportar aquella angustia. Mientras que Luis Enrique cada día iba dejando cabos mal atados, a pesar de su capacidad y creatividad propia de un escritor de ficción. Su esposa lo impetraba, ya hasta lo desconocía y lo más triste: no imaginaba que detrás estuviera su gran amiga Irene.

Fernando un día citó a Luis Enrique. “Debemos hablar de hombre a hombre, no me falles, por lo menos, hazlo por nuestra vieja amistad. Nos vemos en el club, a las ocho esta noche”.

Luis Enrique se llevó las manos a la cabeza. Un dolor de cabeza le sobrevino al instante. Tragaba grueso y su mujer lo halló en su tribulación. Le preguntó: -¿Qué te sucede, estás pálido, se te bajó la tensión, el azúcar, te busco azúcar, agua?, dime algo.

-Y alzó la vista. Le mostró el mensaje enviado a la oficina.

Isabel leyó el mensaje. Ya no había más que pensar. Su amiga Irene, su grandísima confidente era la amante de su marido y ahora estaba descubierto. Recordó cuando Irene la cuadraba para ir a una orgía con amigos diferentes y copulaban como locos. Las revistas eróticas y pornográficas que le llevaba. Las películas que veían ellas dos mientras se masturbaban y terminaban acostadas las dos como una pareja de lesbianas. Pero, “esto no, está yendo muy lejos”.

Luis Enrique llegó bien temprano. No era un alcohólico y aquella noche pidió tragos de diversos licores. Cuando llegó Fernando, estaba algo alterado y Fernando lo notó.

No bebió Luis Enrique después que inició su relato su amigo.

-Tu eres mi mejor amigo. Soltó sus palabras quebradas por el dolor moral.

-¿Qué te sucede?

-Quiero que me oigas. Irene me traiciona y no se con quién. Para mi es un compañero de su trabajo. La he pillado varias veces, sus mentiras son cada vez más grandiosas y con diferente matiz. Ya no me pide nada para la casa. Todo lo compra ella. Creo que desea independizarse. He tomado una decisión que debo discutirla contigo.

-Ajá, y dime con franqueza, - ya respiraba más tranquilo Luis Enrique-, soy todo oído y haré lo que sea para ayudarte.

Mira Luis Enrique, yo creo que mi mujer necesita más comprensión y no quiero perderla. Ayúdame en esto. Vamos a intercambiar pareja por un tiempo. No veo otra salida. Estando contigo es como estar conmigo. Convince a tu mujer y después hablamos. Hazlo por nuestra bella amistad.

-Me pides algo que no hallo como tragarlo. Somos amigos y veré qué hago.

Continuaron hablando de aquello con el cariño de siempre y terminaron bebiéndose unos tragos de más.

Al otro día Luis Enrique amaneció con euforia más que enratonado. Su mujer le preguntó cómo le había ido y sus preguntas llenas con una capciosa manera. La suspicacia terminó cuando Luis Enrique le lanzó lo hablado con el amigo común.

-Fernando solo desea que lo ayudemos a no perder a su mujer. Quiero que lo sopeses y no me digas ahora, de una vez, que piensas. No se si es una aberración porque se lo moralista que eres. Yo a ti te amo, y sé que tu amor hacia mí nunca ha muerto.

-Debo pensarlo mucho. Creí que pensaba que tú te acuestas con Irene.

- ¿Y tú también lo piensas? Lo preguntó esperando un gesto que la delatara, él estaba seguro de su inocencia.

-No, si tenía dudas. Ahora pensaré la propuesta, tengo resistencia a algo impropio. No puedo decir más nada.

Terminaron de desayunar y él le pidió un café bien caliente. Tomó agua fría y abrió su maletín ejecutivo. Buscó su agenda y la abrió. “Hoy es la exposición en la junta, se me había olvidado”.

Luis Enrique salió de su casa. Pasada media hora llegó a su casa Fernando. Tocó dos veces el timbre como era su costumbre con Isabel, la esposa de Luis Enrique. Ella le abrió la puerta con una bata de seda negra con encajes muy pequeña que dejaba ver su ropa interior. No le dio chance y lo apretó con un abrazo enérgico. Se entregaron un mar de besos y ella le dice:

-Todo listo mi amor, ahora vamos a vivir juntos por fin. Se tragó el anzuelo con sedal y todo.

En un motel de la ciudad se escondían Irene y Luis Enrique.

Ella le dice:

- ¿será que ellos nos traicionan y se quedan como pareja?

-No, ellos son demasiado verdaderos. No como nosotros que sabemos mentir.

Mientras ellos hacían el amor, en el motel los filmaban. Películas que son vendidas en el exterior, sin el consentimiento de nadie, por supuesto.

Del olvido solo queda la melancolía

Como diría Par Lagerqvist, “El entusiasmo de la primera vez es inolvidable. Nadie se conoce la primera vez, pero cuando el amor llega es indefectiblemente un suceso”

Ella entro a un restaurante, de esos que llaman auto-servicio. La larga cola para pagar se hacía tediosa, y la señora-*que no le gustaba esperar*-, sudaba viendo la la lentitud del cajero.

Detrás de la señora quedaría un hombre delgado, de esos acostumbrados a un menú rico en vegetales. Al pasar de unos quince minutos, súbitamente ella se voltea y saluda de manera amable y gentil al hombre delgado...

Fueron los primeros días de siete años ininterrumpidos de amor.

- Señora, págume la cuenta, aquí tiene los datos; mientras tanto yo voy haciendo la otra cola, ¿le parece?

- Si, si está bien.

Años después, uno de los dos se derrumbaría al no aceptar un final inesperado...

Fueron aquellos tiempos en que el país inició un desbarranca miento, una guerra loca llamada guarimbas, que significaba algo así como hacer una guerrilla al frente de tu casa. Aquello finalizó con un reconocimiento al gobierno, las guarimbas fueron eliminadas y recogidas en tiempo record.

Pero nada mejoró, un apagón de más de una semana y luego un racionamiento de la electricidad que empezó a romper las economías familiares vulnerables, y para colmo a los pocos meses después, llegaría una enfermedad fantástica de nombre Covid19.

Por supuesto, todo esto también contribuyó para que el amor entre el Flaco y la Gorda se acabara paulatinamente.

Ella se abrazó a la religión, su primera familia, hijos y nietos. Mientras el flaco Solís, económicamente se vino a pique, pues la venta de perfumes importados

no es un negocio para pobres. Sin embargo, pudo sobrevivir el desamor y al mal gobierno... Soñaba el flaco.

Pensaba que su desgracia no era tal. Cientos de ideas le venían y se iban, como dice el poema “La renuncia de Andrés Eloy Blanco: *fueron vapores de la fantasía.*

Un día, de esos días en que Dios juega las piezas blancas, empieza el flaco Solís a dar en el blanco.

Un hombre desconocido le da un empleo y tuvo la bondad suficiente para encargarle del negocio de la mercería...

Total, pasaron meses. Y otro día de dios, vino el encuentro aleatorio de aquellos seres.

Ya no era gorda ella, ¡No!, había perdido unos treinta kilogramos de peso, y la verdad, se veía hermosa, con una sonrisa de oreja a oreja y un hombre mayor detrás de ella. El flaco no había perdido ni ganado peso, era el mismo lápiz de siempre; quiso el destino que se miraran y él amablemente la atendió, sin dar

señales de haberse conocido alguna vez.

El hombre mayor había dejado la cartera en su automóvil. Eso lo obligó a dejar la vigilancia de la otrora gorda.

Se saludaron. Ustedes saben lo que se dicen dos ex enamorados, en este caso ella; porque él, El Flaco, cargaba el despecho latente.

-. Me alegra saber que te esté yendo bien, dijo ella como por cortesía.

-. ¿Para qué me sirve? Desde que terminamos nuestra relación, mi vida no es igual.

-. La mía tampoco, estoy mejor si ti...

El flaco la miró y ella notó las lágrimas y la voz quebrada de él.

Finalmente le dice: Lo que más me ha dolido no es que te hayas ido, no, fue el desprecio contumaz...

-. Yo, yo nunca lo desprecié, dijo ella en tono de lamento.

En ese preciso momento, entró el esposo de la ex gorda y ellos callaron.

El Flaco se refería a la frase de Noirac: “Cuando un hombre deja a una mujer, la compadece; cuando una mujer deja a un hombre, es porque lo desprecia.”

Nada de olvidos, la melancolía es la mar azul y grandiosa, profunda y salada; puedes navegar en ella y permanecer con una bitácora de tormentas y buen tiempo; cuando quieras ir a otros mares es porque has superado toda la carga; has soltado el lastre y solo allí hallarás la calma y la esperanza de nuevos mundos.

Cerrando la puerta Santamaría, El flaco se dijo para sí mismo una frase extraña: “La Gorda murió, ella no será mi muerte”. Entonces se fue silbando una canción sobre el año viejo.

Colofón

Versión Digital, marzo 2022
Sistema de Editoriales Regionales, Lara
Barquisimeto - Venezuela



Colección: Salvador Garmendia

Narrativa

Cuentos Proselarios

Nuestro Sistema Editorial Regional, se enorgullese de presentar entre sus narradores, la novedosa voz impresa en estos cuentos, donde la ternura y el humor negro se pasean como bailando un mambo cadencioso, ágilmente, sin pisarse ni chocar siquiera sus lustrosas zapatillas de patente. Queda en manos de nuestros lectores dar un lugar justo a estos cuentos escritos en la urgencia

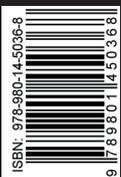


Sistema de Editoriales Regionales

LARA

Francisco Suárez

31/12/1955. +21/03/2022. Francisco Ramón Suárez, se hacía llamar autodidacta, aunque nosotros sabemos que su inquietud escritural era de vieja data, estaba atada a su experiencia de vida y compartida en el campo de la promoción del libro y la lectura en la plaza de los Libreros de Barquisimeto; lugar donde atendía un puesto para la venta e intercambio de la más variadas fuentes literarias. Fue miembro de ASELA (Asociación de Escritores Larenses), fundador de la Peña Poética y de la agrupación “La Mesa Coja”, nombre surgido de un cuento de Gabriel García Marquez.



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

